

WEBER, Max. *Historia económica general*.

Fondo de Cultura Económica, México, 1997. 331 páginas.

En sus dos últimos años de vida, 1919 y 1920, Weber dicta un curso en la Universidad de Munich referido a la historia económica que será publicado en 1923 con el título de «Historia económica general». Aparece tan sólo un año después de «Economía y Sociedad» (1922), su gran obra, editada por Marianne Weber sobre la base de los manuscritos originales.

Ciertamente, no es la primera vez que Weber se ocupa de problemas de historia económica. Su tesis de doctorado, defendida en 1889, versa sobre la historia de las organizaciones de comercio en la Edad Media. En 1891 obtiene la habilitación docente con un trabajo sobre la historia agraria de Roma y en 1895 presenta *El estado nacional y la política económica*. En 1904 y 1905, a la par que estudia algunos asuntos metodológicos de las ciencias sociales, escribe *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Entre 1915 y 1919 prepara *La ética económica de las grandes religiones*.

Resulta evidente entonces, que *Historia económica general* no escapa de la senda temática preferida desde siempre por Weber. Es más, reproduce en su ámbito lo que constituye el corazón de toda la teoría por él elaborada: es el avance de la racionalidad en todos los ámbitos de la cultura, el proceso más característico y constitutivo del mundo occidental. Fiel a esta problemática teórica de base, Weber nos ofrece una historia de las instituciones económicas signada por el irrefrenable triunfo del cálculo, la previsión, la eficiencia y el control de las incertidumbres.

El progreso del predominio de lo racional preside el detallado análisis que el sociólogo alemán hace -en los primeros tres capítulos- de las formas de apropiación de los puestos de trabajo y de los medios materiales de producción anteriores al advenimiento del capitalismo, de los grupos sociales que se conforman en torno de los diferentes sistemas de apropiación, de las formas principales de organización de la industria y de la minería precapitalistas, y de las modalidades comerciales y bancarias en la época precapitalista.

Weber se toma el trabajo de explicar todas esas formas para contrastarlas con el moderno capitalismo de cuyo origen y premisas trata el capítulo IV. La satisfacción de las necesidades cotidianas basada en técnicas capitalistas, dice Weber, sólo es peculiar de Occidente, naturalizándose en la segunda mitad del

siglo XIX. Si bien, en los siglos anteriores pueden encontrarse anticipos, rastros de capitalismo, éstos «podrían haber sido eliminados sin que sobrevinieran transformaciones catastróficas». En la época actual, por el contrario, si quedaran descartadas las empresas típicamente capitalistas, esto es, aquellas de carácter lucrativo y con contabilidad de capital, se vería imposibilitada la satisfacción masiva de las necesidades.

Las formas económicas señoriales, artesanales, ligadas a la magia, la religión, los linajes, son extrañas, hasta opuestas, a esa contabilidad racional del capital que Weber designa como premisa más general para la emergencia del capitalismo racional.

Así como en «Economía y Sociedad» considera que el tipo de dominación tradicional constituye un obstáculo al florecimiento de la empresa lucrativa, sensible a las irracionalidades de la justicia, de la administración y de la tributación que perturban la calculabilidad; en este libro insiste una y otra vez en aquellos rasgos de las instituciones precapitalistas que conforman frenos o trabas a una organización enteramente racional de la economía.

Capitalismo comercial, capitalismo de suministros al estado y de financiamiento de guerras, capitalismo colonial y de plantación han existido por doquier y en las épocas más variadas, pero el capitalismo racional típico de Occidente sólo se desarrolla cuando se cumplen ciertas condiciones, de cuyo análisis pormenorizado se ocupa este pensador clásico.

Esas condiciones son: la apropiación de todos los bienes materiales de producción (tierra, aparatos, máquinas, etc.) por parte de empresas lucrativas autónomas; la liberación del mercado de toda limitación irracional del tráfico (estamental, gremial, etc.); el desarrollo de una técnica racional, es decir, contabilizable al máximo y mecanizada; la constitución de un derecho racional que permita a la explotación capitalista poder confiar en que la justicia y la administración seguirán determinadas pautas; la emergencia del trabajo libre, esto es, de obreros obligados a vender su energía productiva; la posibilidad de una orientación exclusiva en la satisfacción de las necesidades en un sentido mercantil y de rentabilidad; la conformación de una ética racional de la existencia; la edificación de un Estado racional con una burocracia legal y especializada.

Factores económicos, pero también de carácter ideológico y político

intervienen mancomunadamente para dar lugar al nacimiento del capitalismo. Tal es la enfática conclusión de Weber.

Podemos ahora avanzar y decir que el interés de este libro no se agota en la propuesta de un análisis de los orígenes del capitalismo moderno occidental. En sus páginas podemos encontrar los mojonos de una confrontación decisiva al interior de la denominada teoría sociológica clásica, la que se produce entre Weber y Marx.

«(...) La historia económica (y de modo pleno la historia de la 'lucha de clases') no se identifica, como pretende la concepción materialista de la historia, con la historia total de la cultura. Ésta no es un efluviio, ni una simple función de aquélla: la historia económica representa más bien una subestructura sin cuyo conocimiento no puede imaginarse ciertamente una investigación fecunda de cualquiera de los grandes sectores de la cultura». La respuesta de Weber a la supuesta pretensión de la teoría marxista de una determinación exclusiva de la historia de las sociedades por la infraestructura económica no puede ser más explícita.

Quizás el hecho de que Weber se permita discutir *abierto y minuciosamente* algunos postulados del marxismo sea uno de los rasgos más interesantes de Historia económica general. El diálogo con Marx estructura todo el discurso teórico de Weber, pero si muchas veces éste tiene lugar de una forma velada o tácita, en esta obra se despliega explícitamente.

Al igual que Marianne Weber en su libro de 1907, *Esposa y madre en el desarrollo legal*, Weber arremete aquí contra las teorías socialistas, entonces en boga, que postulaban la existencia de un comunismo agrario primitivo como primera etapa del desarrollo de las sociedades occidentales. Argumenta que, por el contrario, aún en los periodos más antiguos es posible constatar la propiedad privada de la tierra y un tipo feudal de desarrollo. «Realmente nada definitivo puede decirse en términos generales acerca de la vida económica del hombre primitivo». Las formas de explotación agrícola son sumamente diversas, y lo mismo las formas de apropiación que las acompañan. La ilustración de esta diversidad, entendida como contraprueba de las teorías de Engels y Bachofen, ocupa por cierto buena parte del escrito.

«A pesar de que es insostenible en detalle, considerada en su conjunto constituye una valiosa contribución al esclarecimiento del problema; una vez más

se evidencia la antigua verdad de que un error ingenioso es mucho más útil para la ciencia que una tesis exacta desprovista de ingenio». Con estas palabras Weber sintetiza su opinión sobre la teoría socialista.

También discute el examen que hace Engels de la prostitución como producto de la monogamia y de la propiedad privada. La prostitución es un hecho anterior: no existe época en la historia en la que no la encontramos, asegura. Además, agrega, ninguno de los pretendidos estadios de la vida sexual de la teoría matriarcal socialista puede comprobarse como una etapa general. Justamente esto es lo que al parecer más incomoda a nuestro autor: la postulación de leyes generales.

En fin, el debate de Weber con Marx puede rastrearse a lo largo de todo este estudio, sólo hay que buscar sus señales con paciencia. Es que se trata, en verdad, de problemáticas teóricas profundamente diferentes. El interés especial de Weber —también presente en este trabajo— por el papel que tiene el ascetismo protestante, esto es, la práctica de un determinado régimen metódico de vida en la formación del capitalismo puede, por ejemplo, entenderse como contestación a la explicación marxista del capitalismo, basada principalmente en el concepto de las relaciones de producción. La ética racional es tan decisiva como la separación de los trabajadores directos de los medios de producción para explicar la acumulación capitalista.

Si aceptamos que es a través del ejercicio de la crítica y la confrontación con otras posiciones que se constituye una teoría, es ésta una manera de abordaje que nos acerca a una comprensión más auténtica del pensamiento de Weber.